

condenaron á los rebeldes á recibir algunos azotes por todo castigo. Comenzaba á ejecutarse la sentencia en el principal culpable cuando los jesuitas imploraron de nuevo gracia completa y absoluta en favor de los otros. Este ejemplo de mansedumbre aumentó los sentimientos de fe y de fervor entre los recién convertidos é inspiró á los prisioneros tal veneracion y reconocimiento hácia los padres, que muy pronto estuvieron dispuestos á recibir el bautismo.

Pero los padres no satisficieron desde luego este piadoso deseo. Queriendo probar la sinceridad de aquellos hombres les contestaron en términos llenos de afecto, pero difiriendo poner en práctica su pretension. Poco tiempo después insistieron los indígenas, animados de un sentimiento de fe imperioso y suplicante, por decirlo así: "Si no quereis bautizarnos á nosotros, decian, haced al menos que nuestros hijos sean cristianos."

Hubo que ceder á esta exigencia del ardor paternal, y solo se privó de esta gracia al hijo del jefe que los excitó y capitaneó en la rebellion. Este hombre partió con el corazon traspasado de dolor, pero con gran sorpresa de todos volvió á pocos dias llevando en los brazos á su hijo y conjurando con lágrimas en los ojos á los padres para que se dignasen bautizarlo tambien. No era posible resistir á una súplica tan patética.—No trascurrieron dos meses y ya todos los prisioneros, con sus familias y sus amigos, estaban instruidos. El infatigable Santiago, misionero de santa Rosalia Mulega, fué

á reemplazar en la mision de san Ignacio al venerable Luyando que sucumbia bajo el peso de tantos trabajos.

Hácia la misma época murieron sucesivamente el padre Piccolo á la edad de 79 años, y el padre Juan Ugarte á la de 61. La muerte del primero tuvo lugar en Loreto y la del segundo en la aldea de san Pablo, perteneciente á la mision de san Javier.

CAPITULO XXII.

NUEVAS MISIONES.

Los constantes disgustos, los esfuerzos siempre perseverantes de los padres Guillen, Bravo y Nápoli que se sucedian en las misiones meridionales de los Dolores, de la Paz y Santiago, lograron al fin, con ayuda del cristianismo, civilizar á los Uckities, los guáicuros y los Coras, naciones péfidas y turbulentas. Cansados de la vida pura y regular que era preciso llevar entre los cristianos, muchos sacudieron el yugo y excitaron sediciones entre los fieles. Uno de ellos llegó hasta el grado de herir á uno de los padres con una flecha, mas el padre, á fin de ocultar el atentado de que habia sido víctima,

y á fin tambien de hacerse curar, se retiró á la Paz en donde permaneci6 dos meses. En 1729 fué necesario que el capitán fuese á reprimir las hostilidades de aquellas tribus, dispuestas siempre á rebelarse.

Los padres pensaron en establecer otras misiones entre los pericuos, tanto para asegurar la conquista de la península hasta el cabo de san Lucas, como para obsequiar las instancias de muchas tribus. Una de estas misiones fué fundada por la liberalidad del marqués de Villa-Puente, cerca del cabo de san Lucas. Su noble y virtuosa hermana doña Rosa de la Peña fundó igualmente otra en la bahía de las Palmas.

Por esa época llegó á Loreto el visitador José de Echeverría (1) que habia sido antes agente de los misioneros en México. Apenas desembarcó cuando fué atacado de una fiebre maligna, y aun no se restableció enteramente cuando comenzó la visita de las misiones del Norte. Hé aquí un pasaje de una de sus cartas fechada el 10 de Febrero de 1730: "Habiendo me Dios concedido escapar con felicidad de la fiebre que me acometió, partí para ir á visitar las misiones: comencé por la de san Javier, de la cual me trasladé á la de san Ignacio del Norte que es la última y que dista 80 leguas. Tardé 40 dias en camino, experimentando un frío mucho mas penetrante que el de Gua-

1 Le sucedió en el cargo de agente el padre Francisco Trompez.

"pango en el mes de Enero. Pero me consideré suficientemente recompensado de mis fatigas con el placer que tuve al ver el fervor de aquellos nuevos establecimientos cristianos. No pude contener las lágrimas cuando escuché las alabanzas que cantaban á Dios multitud de pobres criaturas que poco antes ignoraban aun si aquel Ser existia."

¿No era maravilloso, en efecto, aquel concierto de cánticos cristianos, aquellas santas melodías que resonaban por primera vez sin duda en aquella tierra salvaje, á orillas de aquellos bosques acostumbrados solo hasta entonces al bramido de las tempestades y al rugido de las fieras? El buen padre que esto nos refiere, se limita á esta sencilla frase: "no pude contener mis lágrimas;" y tiene razon, porque estas pocas palabras dicen lo bastante para hacer nacer en el alma los mas dulces pensamientos. El canto es la voz del corazon y el acento del amor. Para razonar basta la palabra; para amar, para orar, para adorar, para quejarse, para expresar el gozo, se necesita algo mas. En estos casos la voz humana que se acompaña con todas las armonías del cielo y de la tierra, se modula y cadencia, se eleva de la tierra al cielo y vuelve á descender del cielo á la tierra. Se dice que las antiguas poesías siempre se cantaban; la Biblia, cuyo poeta es el Espíritu Santo, si puede decirse así, no es mas que una serie de cánticos é himnos perpetuos. La Iglesia, esta madre que mece al mundo en sus brazos, no hace mas que cantar al oído de sus hijos.

La carta contiene además detalles curiosos sobre cada una de las misiones y acerca de los trabajos de los padres para establecer un buen gobierno en ellas. El visitador se dirigió en seguida hácia el Sur de la California para fundar allí dos misiones entre los coras; pero faltaban ya los Ugarte y los Piccolo! los padres Hellen, Bravo y Nápoli no se hallaban en estado de prestar sus servicios; era, pues, necesario, buscar otros obreros evangélicos. Nicolás Tamaral, afamado ya, fundador de la mision de la Concepcion, era un personaje de gran virtud, de celo intrépido, de una sagacidad y destreza prodigiosas. Tal era el hombre que Dios escogió para fundar la mision de san José del Cabo. Partió con el padre Echeverría, y al cabo de cuatro dias llegaron á la bahía de la Paz en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad. Guillermo Gordon y el sucesor del hermano Bravo por los guaycuros. Estos últimos no eran ya los antiguos salvajes tan feroces y temidos. Los dos jesuitas se maravillaron de encontrar á aquella tribu en extremo dócil, pacífica y cristiana. La palabra, los corazones, las obras (1), todo habia cambiado.

Después que visitaron la mision de Santiago de los coras, prosiguieron su marcha hácia san Lucas y descubrieron un sitio de verdura, defendido por montañas y en el cual corrian dos arroyos que la regaban, reuniéndose en seguida

1 "Corda, voces et opera." (Himno del Santísimo Sacramento).

para precipitarse al mar. Este sitio, embellecido y alimentado por muchos lagos abundantes en pesca, estaba rodeado de añosas palmeras. Los padres se decidieron al punto á establecer allí la cabecera ó centro de la mision. Al efecto levantaron una capilla y una casa cubiertas con juncos y ramas de salvia. El capitán esperaba que los indígenas ocurririan en masa, mas no aparecieron sino unos cuantos. No por esto dejó el padre Tamaral de ejercer con no menos ardor sus evangélicas funciones. Dios bendijo su celo. Los indígenas acudieron luego en tropas, no habiéndolo hecho desde el principio porque temian que se llevara por objeto echarlos de su territorio en castigo de las ofensas que tiempo atrás habian inferido á las misiones de Santiago y de la Paz. Los pocos que llegaron decian, para explicar el motivo de aquella ausencia, que todos sus compañeros habian muerto de una epidemia. De pronto se creyó que esto podria ser mentira, pero el padre Tamaral reflexionó que podria muy bien suceder que este lugar tan risueño, tan pintoresco, ejerciese una accion mortífera á causa de su clima ardiente á la vez que húmedo y poblado de insectos de toda especie. Hubo, pues, que buscar otro punto que encontraron distante de ahí á cosa de cinco leguas cerca del mar; en él levantaron una iglesia y una casa religiosa. En menos de un año el padre Tamaral bautizó mas de mil personas, formó dos pueblos y se ocupó seriamente en la prosperidad temporal de la mision. En tanto que los padres Echeverría y Tama-

ral evangelizaban aquellas comarcas, otro jesuíta (Segismundo Taraval), descubria las islas de los Dolores, próximas á la bahía de san Javier. El padre Taraval era un hombre distinguido y de profundo saber; pertenecía á una noble familia milanese; su padre, teniente general en los ejércitos del rey, se distinguió por sus servicios. Por lo que hace al jóven Taraval, no se contentó con solo cumplir las obligaciones de un hombre nacido de elevada cuna, sino que quiso llegar, por decirlo así, hasta el ideal de sus deberes, realizando el doble precepto del antiguo poeta: "Ser noble es levantar al que "cae, despreciar los bienes de la tierra, con- "quistar el cielo:" y no es otra, por cierto, la obra del misionero de aquellas salvajes tribus (1).

El jóven Segismundo entró en la órden de los jesuítas á los 18 años de su edad. Hizo su noviciado en Madrid, en donde brilló por los notables estudios que habia hecho en Alcalá de Henares; fué enviado por último á México para perfeccionarse. Los jesuítas reconocieron en él una superioridad tal de inteligencia, y un carácter tan elevado, que no vacilaron un momento en confiarle la fundacion de una nueva mision en la California. El provincial Juan de Oviedo le encargó tambien de reunir todos los documentos necesarios para una historia de la

1 Nobilitas hominis similen relevare jacentem;
Nobilitas hominis terrenas temnere dotes;
Nobilitas hominis caelestia carpere regna.

mision en aquellos países. A él se debe, pues, todo lo que se sabe acerca de esta empresa tan heroica como cristiana.

Diremos algo sobre las islas de los Dolores situadas á dos leguas de la costa. De las dos principales, una lleva el nombre de Afegua, es decir isla de los pájaros, la otra, el de Amalgua, que significa isla de la niebla. En la primera, que lleva el nombre de pájaros, se encuentran estos en número prodigioso, siendo particularmente de notar dos especies que han observado los naturalistas; la una mas grande que el gorrion, enteramente negra, vive en el mar durante el dia, y se recoge en la noche á sus nidos practicados en las inmediaciones de las costas á semejanzas de conejeras. Los individuos de la otra especie tienen el tamaño de un ganso, alas negras, pecho blanco y pico corvo como el del buitre.

Probablemente seria descubierta una de estas islas por el célebre capitan Vizcaino, quien la pondría por nombre santa Catarina.

Esta pequeña isla estaba enteramente deshabitada y no se encontraba en ella ni agua ni verdura. La segunda es mucho mas grande y se encuentra bastante caza de fieras y lobos marinos, no menos que multitud de aves de que se alimentan los indígenas.

Los mismos habitantes de Amate ignoraban la existencia de la mayor parte de las islas de los Dolores, en razon de que sus adivinos les prohibian, no solo el poner pié fuera de su territorio, pero ni aun fijar la vista en aquella di-

reccion. Algunos indigenas se decidieron á ocurrir á la mision de san Ignacio pidiendo la instruccion cristiana, y aunque un adivino pretendió impedir aquella marcha, al fin tuvo que ceder y aun acompañarles por no quedar solo en la isla. Mientras la caravana costea el rio apareció en los bancos de arena una manada de lobos marinos. El adivino, queriendo dar una alta idea de su poder, se arrojó al agua para atacar á aquellos animales; estos huyeron al verle, pero en el momento que se volvió á la embarcacion fué atrapado por un lobo marino que, hiriéndole primero, le sumergió después hasta el fondo de donde no salió ya.

Era muy urgente establecer definitivamente en la bahía de las Palmas la mision de santa Rosa confiada al padre Taraval por el nuevo visitador Clemente Guillen. Hubiera sido infructuoso encomendar la direccion de los coras, habitantes de aquellos contornos, á la mision de Santiago que era la mas próxima, porque aquellas tribus se componian de guaycuros, gente casi indómita como hemos dicho. El padre Taraval puso mano á la obra con todo el ardor de su celo, y tuvo la satisfaccion de ver que los indigenas no se mostraban tan rebeldes, como él creia, al yugo evangélico. Apenas comenzó su instruccion cuando echó de ver que los padres Nápoli, Carranco y Tamaral le habian precedido en este trabajo. Hubo algunos, no obstante, que prefiriendo la vida libre y salvaje al nuevo régimen, opusieron cierta resistencia, y este fué un motivo mas para que se conservase por mas

tiempo la corta guarnicion compuesta de tres soldados. Afortunadamente la resistencia de unos cuantos no impidió el buen éxito de la mision, y antes que el año terminase el padre tuvo el consuelo de bautizar á casi todos los habitantes del lugar, resultando de esto mucho bien como se verá adelante.

El gobernador de Santiago, hijo de un mulato y de una indígena, hombre de gran capacidad y muy perverso, cometió tan gran número de excesos que al fin el padre Carranco creyó de su deber hacerle deponer y castigar. Ni Teodoberto, rey de los francos, aunque bárbaro tambien, se mostró tan altanero y violento como el mulato, pues al fin escuchó con respeto y reconocimiento las severas amonestaciones del obispo de Tréveris, Niceto. Pero este hombre, que se llamaba Boton, lejos de obrar así concibió desde luego el proyecto de dar muerte al misionero; mas por fortuna, prevenido éste, pudo estar alerta. Mientras tales proyectos fermentaban, el padre hizo un viaje á san José del Cabo cuyos indigenas no se habian aun convertido. Habia en este lugar otro mulato llamado Chicori; una de sus mujeres, instruida por el padre Tamaral, habia recibido el bautismo, lo cual indignó al mulato quien pretendió robarla á fin de obligarla á adorar por la fuerza. El padre disimuló al principio por evitar mayores males; no obstante se presentó á Chicori reprendiéndole con dulzura y vigor la accion que habia cometido. El mulato respondió con altanería que era libre para llevar á su mujer adonde

le agradase; el misionero insistió diciéndole que si aquella fuera su única mujer, no se trataría de separarla de su lado; le hizo ver en seguida el horror de la poligamia, y lo exhortó, por último, á hacerse cristiano, empleando para persuadirle todos los recursos de la caridad evangélica, no dejando de usar siempre el lenguaje mas paternal. Chicori, por toda respuesta, conservó su serrallo, y concibiendo contra el padre Tamaral un odio implacable se propuso asesinarle y excitó á los californios á que acabasen con los misioneros. En este estado de cosas llegó el pérfido Boton é hizo alianza con Chicori para llevar á efecto el odioso complot. De este modo se crió el desorden y la rebelion en las misiones de los padres Carranco y Tamaral, por dos mulatos de mala vida que fueron sus autores.

El padre Segismundo, que no dudaba de la inteligencia de aquellos malvados, acudió cerca del padre Carranco para ayudarle á pacificar su mision. El éxito coronó sus esfuerzos, y el padre Tamaral se disponia á regresar cuando tuvo noticia de que Chicori y Boton le aguardaban en el camino en union de hombres armados. Sin perder un instante, el padre Segismundo despachó por otro camino un correo que avisase á los cristianos de san José, y les rogase tomar las armas y marchar hácia el enemigo. A la vista de esta tropa fiel y numerosa las gentes de Boton y Chicori se pusieron en fuga dejando sus provisiones en poder de los de san José. Los demás sediciosos tardaron poco

en someterse, y los dos jefes del complot. viéndose abandonados de todos, se presentaron pidiendo la paz.

Esto era lo único que deseaban los misioneros. Así fué que la paz quedó acordada á principios de 1734, pero fué de corta duracion. El gran inconveniente para los jesuítas, era que no podian disponer de fuerza militar; su escolta no se componia mas que de uno ó dos soldados, y aun estos tenian que ausentarse á veces para ir á reforzar alguna otra mision. La guarnicion de Loreto se encontraba á mas de cien leguas distante de ahí; por lo que faltos de freno los indígenas se entregaban á excesos y malos manejos suscitados por su orgullo, á lo que se añadian las intrigas de los que, siendo culpables, deberian ser castigados: todas estas causas acarrearón las desgracias de que vamos á hablar.

CAPITULO XXIII.

COMLOT DE LOS DOS MULATOS.

No bien terminados los regocijos por aquella efímera paz, los indígenas del Cabo de San Lucas hicieron notar la llegada de un gran navío, el "Galeon de Filipinas." Este buque, man-